

ETNOHISTORIA ¿PARA QUE?

El momento del contacto (descubrimiento, encuentro, choque, tropedón o encubrimiento) entre indígenas y españoles, en sus inicios, presentó un reto intelectual, con fines bien determinados para los segundos y una necesidad de supervivencia cultural para los primeros. Realidad al mismo tiempo propia y diferente que necesitaba ser explicada en un caso y autoafirmada en el otro.



FOTOGRAFÍAS: FOTOTECA DEL INAH

Conferencia dictada el 2 de marzo de 1990 en en auditorio del Museo Arqueológico de Xalapa en la mesa redonda *Usos de la Historia*, dentro del homenaje que el gobierno del estado y la Universidad Veracruzana ofrecieron al INAH, con motivo de su 50 aniversario.



Dentro de las actividades profesionales y académicas que conforman nuestro quehacer cotidiano, en un momento determinado resulta necesario y saludable detenerse, así sea un instante para, con sentido autocrítico, preguntarse el para qué de lo que se hace, esto es, sobre la validez de los esfuerzos que ello implica, lo cual, desde otro punto de vista, debería en nuestro caso permitirnos contestar primero a preguntas tales como: ¿qué es la etnohistoria?, ¿cuándo y dónde surge?, ¿cuál o cuáles son sus sujetos de estudio?, y ¿de qué técnicas y métodos se vale?

En mi intervención, así sea de manera muy esquemática, trataré de dar respuesta, primero, al segundo grupo de preguntas para regresar después a la primera que da título a esta charla.

Con el término *etnohistoria*, de cuño más bien reciente, de hecho nos referimos a un antiguo campo de estudio cuyo origen se remonta al momento del contacto (para otros descubrimiento, encuentro, choque, tropezón o encubrimiento) entre indígenas y españoles, el cual, en sus inicios, presentó un reto intelectual, con fines bien determinados para los segundos y una necesidad de supervivencia cultural para los primeros. Realidad al mismo tiempo propia y diferente que necesitaba ser explicada en un caso y autoafirmada en el otro. Lo que dio por resultado el surgimiento de las historias, crónicas e informes españoles al respecto y la continuación, adaptada a la nueva situación colonial, de la tradición



historiográfica indígena, cuyos productos se convertirían en lo que hoy conocemos como fuentes, parte importante aunque no única para la reconstrucción de los procesos de desarrollo histórico de las sociedades mesoamericanas, básicamente las del periodo Posclásico Tardío.

Desde entonces a la fecha, de acuerdo con los intereses y las preferencias teóricas y metodológicas de las distintas generaciones, el estudio de las sociedades indígenas han preocupado y preocupa a los investigadores.

Indudablemente, en un lapso tan grande han variado las perspectivas, los énfasis aproximativos, los métodos y los temas de interés de lo que hoy conocemos como etnohistoria. Término que como tal se comenzó a usar, por influencia de la antropología estadounidense y europea, en la década de 1950; antes se hablaba de historia antigua, etnografía antigua o etnografía histórica.

Aunque su especificidad teórica y metodológica aún son motivo de

discusión, en nuestro país, a diferencia básicamente del Perú, en el área andina, se considera una disciplina antropológica derivada de la etnología que conjunta métodos históricos y perspectivas teóricas de la antropología para estudiar diacrónica y sincrónicamente a las culturas indígenas o a los diversos grupos que han participado en el desarrollo histórico de lo que hoy es la República Mexicana. Aunque de hecho, hasta ahora, los principales estudios abarcan básicamente del Posclásico Tardío hasta la época colonial temprana, lo que obedece fundamentalmente a las características de las fuentes con que se cuenta. La temática analizada es diversa aunque se centra en estudios regionales, institucionales, de organización social, relaciones de parentesco, formas de sucesión y herencia, tenencia de la tierra, tecnología agrícola y organización política.

Dentro de la antropología moderna en México, a pesar de los antecedentes que se reseñan a continuación, es en los últimos 15 años cuando merced



a las nuevas posibilidades teóricas, técnicas y metodológicas, más el apoyo de antiguas y nuevas instituciones, se han logrado importantes avances, los cuales, aunque pareciera que pierden continuidad, han contribuido a la formación y el surgimiento de nuevas líneas de investigación y, por supuesto, de los estudiosos que las trabajan.

Si bien ya desde el último tercio del siglo XVIII se podría iniciar la lista de precursores de la etnohistoria con Francisco Xavier Clavijero, en cuya obra el estudio de las antiguas culturas se convierte en historia antigua, es más bien en el siglo pasado cuando los estudiosos consolidarán las bases ideológicas para el desarrollo del nacionalismo y del indigenismo del presente; sus trabajos sobre las épocas prehispánica y colonial son los antecedentes directos de nuestra disciplina; basta mencionar a José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero y a Francisco del Paso y Troncoso, quienes al darle a



los documentos de archivo y a los códices su categoría de importantes fuentes históricas, sin dejar de lado las fuentes primarias, a cuyo rescate y publicación dedicaron buena parte de sus afanes, ampliaron las posibilidades informativas y permitieron la comparación entre las diversas fuentes, lo anterior sin olvidar sus propias investigaciones.

Más hacia nuestros días, importantes son las contribuciones de Manuel Gamio en su concepción global de los estudios, Miguel Othón de Mendiábal y Luis Chávez Orozco como precursores de los análisis económicos, Alfonso Caso y Wigberto Jiménez Moreno en los exámenes de códices y de historia antigua, etcétera.

Mención especial merecen Silvio Zavala, Paul Kirchhoff, José Miranda y Gonzalo Aguirre Beltrán cuya influencia, junto con la de Pedro Armillas, Robert H. Barlow, Angel Palerm, Pedro Carrasco, Bárbara Dahlgren, Carlos Martínez Marín y otros, se ha dejado sentir en



la etnohistoria moderna a través de sus enseñanzas o de sus investigaciones en las cuales, según el caso, conjuntaron el trabajo de campo de la etnología, los datos arqueológicos y la información lingüística con el análisis de fuentes primarias, códices y material de archivo.

En el aspecto formativo, la etnohistoria surgió en la ENAH en la mencionada década de 1950 como subespecialidad de la etnología; en 1960 contó con su primer programa de estudios, y desde 1975 forma parte de las especialidades de la misma y se imparte a nivel de licenciatura y maestría. Actualmente, en la ENAH se considera que la etnohistoria debe ser el estudio del pasado y del presente de los pueblos indígenas que sufrieron o sufren una dominación colonial recurriendo a las teorías, los conocimientos y los métodos de la antropología, de la arqueología y de la historia; su objetivo primordial es el estudio del pasado y del presente de los grupos indígenas asentados en el territorio nacional. Definición



fragmentaria que deja fuera importantes grupos o segmentos étnicos que han participado en la formación del México actual y muchos de los cuales, por ejemplo los negros, siguen teniendo vigencia como tales. Desde mi punto de vista, compartido por Emma Pérez-Rocha y Perla Valle, la etnohistoria es una rama de la etnología que tiene por objeto investigar la dinámica de las estructuras sociales, en su sentido más amplio, en un intento de llegar a su reconstrucción diacrónica y sincró-

nica, recurriendo para ello a categorías, métodos y técnicas de la historia y la antropología. Por supuesto aplicado lo anterior a los diferentes grupos y segmentos a que se hace referencia.

Si bien la etnohistoria se cultivaba desde hace tiempo en diversas instituciones, fue en la década de 1970 cuando cobró mayor importancia. En 1974 se creó el CISINAH (hoy CIESAS), donde se realizaron y realizan investigaciones sobre el México prehispánico y colonial. De

igual manera, respondiendo a una necesidad académica, con la creación del Departamento (actualmente Dirección) de Etnohistoria en 1977, el INAH asumió su responsabilidad institucional. A lo anterior hay que agregar los estudios afines realizados en los Institutos de Investigaciones Históricas y Antropológicas de la UNAM, en varios centros regionales del INAH, en la UDLA, Puebla, la UIA, la Universidad de Yucatán, la Universidad Veracruzana y otras.

Así, en lo que se refiere a corrientes de investigación el panorama es complejo y hace falta un análisis crítico que permita diferenciar los campos de influencia y el desarrollo o estancamiento de éstas, básicamente las generadas en la ENAH, el INAH, la UNAM y el CISINAH/CIESAS, amén de la necesaria comparación entre estas y las practicadas en otros países. Revisión a la que deberá unirse la de las teorías involucradas en dichas corrientes.





Los estudios etnohistóricos actuales, sin rechazar a las fuentes tradicionales, han ampliado su horizonte al incorporar críticamente la información contenida en los códices y en los documentos de archivo; de igual manera se han incrementado los estudios locales. Como ejemplos de investigaciones etnohistóricas recientes que ilustran lo dicho, entre muchas otras, podemos citar:

Cuauhtinchan entre los siglos XII y XVI de Luis Reyes; las investigaciones sobre el tributo prehispánico de Luz María Mohar; el estudio de Emma Pérez-Rocha sobre la tierra y el hombre en la villa de Tacuba; la investigación sobre Tepeaca de Hildeberto Martínez; las investigaciones de Carrasco y Broda sobre estratificación y economía prehispánica; el estudio de Doris Heyden sobre el simbolismo de la fundación de México-Tenochtitlan; la investigación de Brigitte Lameiras sobre la formación del Estado en Mesoamérica; el estudio de Angeles Romero Frizzi sobre los empresarios españoles de la mixteca en la época colonial; la in-

vestigación de Perla Valle sobre el *Códice de Kingsborough*; el estudio de José Lameiras sobre los déspotas armados y el de Constanza Vega con su interpretación y análisis del *Códice Azoyú II*.

Lo anterior parece señalar una irrefutable consolidación de la etnohistoria. Sin embargo, la diversidad temática y la inclusión de técnicas y métodos provenientes de otras disciplinas señalan una dispersión que teórica y metodológicamente nos sigue llevando a imprecisiones. Pero regresando a la pregunta original; etnohistoria ¿para qué? podemos decir que, como parte de las ciencias sociales en general y de la antropología en particular, la etnohistoria contribuye al estudio de las sociedades prehispánicas y, a partir de la dominación colonial, de otros segmentos conformadores del nuevo orden social (asiáticos, africanos y europeos) para, venciendo el reto que aún no afronta, llegar a estudiar, sin absurdas posiciones continuistas, la actuación de dichos grupos en el o los procesos de formación del México actual.

